

DENTRO DEL VOLCÁN

Rosa Olivares

Cerca del núcleo del huracán parece ser que existe una tranquilidad y un silencio perfecto. También dicen los expertos que bajando hacia el interior de un volcán, aunque pueda estar vivo, al llegar a su corazón, la calma es absoluta. Cuando leo o escucho estas afirmaciones siempre pienso, inevitablemente, en el corazón del artista. Todos sabemos que los artistas de verdad el corazón no lo tienen en el pecho, sino dividido, como si hubiera estallado en mil pedazos, repartido por todo el cuerpo. El centro se encuentra partido en dos. Dentro del volcán con que el artista sustituye su corazón hay un movimiento constante, un ruido enloquecedor, por eso el corazón está en otro sitio. Por eso son dos los lugares que hacen un solo centro para la creación y, por lo general, también para la vida del artista.

Los dos centros de Juan Hidalgo son la mente y el sexo. Mental y físicamente. No estoy haciendo un juego de palabras, todo su trabajo se basa en la inteligencia, en ese sutil conocimiento que se consigue con la observación lenta y constante, y en el deseo. El deseo del otro que pasa inevitablemente a través del amor hacia uno mismo. Juan Hidalgo se quiere, y eso se nota en unos trabajos en los que la ciencia vital ocupa las formas, coloniza el color, y en los que el yo perenne de Hidalgo viene y va, llega, mira y a veces se queda. El roce de la mirada es la esencia de la inteligencia e, igualmente el roce de una mano, de un suspiro, es la energía central del deseo. La mente y el sexo, la mano y el ojo, el cuerpo y por supuesto la carne, la piel, el conocimiento final de la suma de todos estos fragmentos. Posiblemente en este conocimiento final resida esa sensación de tranquilidad, de ligereza, esa sonrisa que acompaña el trabajo de Juan Hidalgo.

Todo el trabajo de Hidalgo, toda su trayectoria artística y vital ha sido repetidamente visitada en las últimas décadas. Su nombre se ha vuelto familiar, casi famoso en las esferas del arte actual y su presencia algopreciado, como un signo de calidad en el momento del arte actual. Ha sido premiado, se ha expuesto su trabajo, incluso se han realizado algunas acciones a las que hemos asistido algunos aficionados... pero esencialmente Juan Hidalgo ha sido siempre un excelente desconocido entre nosotros. Un desconocido del que sabemos algunas cosas, del que algo hemos visto pero del que no podríamos decir mucho. Hermético detrás de una sonrisa, todos sabemos de su distancia con la gente y con otras muchas cosas. A

Hidalgo todos le hemos conocido ya mayor, cuando ya se había construido su mundo particular, a la vuelta de ZAJ – otro desconocido famoso - . Conceptual de lujo, como el resto de sus compañeros en ZAJ, aparece ante mi generación como resucitado de un mundo de lejanía. Sus amistades, su experiencia y sobre todo su tranquilidad aparente marcan indistintamente una actitud diferente a la que estamos acostumbrados. Y todo esto se refleja indudablemente en su obra, la voz del hombre callado, el gesto y la presencia real del artista.

Esta exposición se plantea de alguna manera como un recorrido muy personal por alguna de sus series centrales y como recolección de objetos e ideas dispersas que aquí, reunidas, adquieren un sentido más claro. La obra de Hidalgo es inevitablemente dispersa pues se realiza a lo largo de mucho tiempo y se utilizan lenguajes diferentes, aunque siempre los temas a los que se acerque sean similares, y que básicamente se podrían centrar en “yo y mi apreciación del mundo exterior pero contiguo a mí”. El famoso yo y mis circunstancias, pero con una atención muy diferente en el yo y lo que le conforma y en cómo las circunstancias pueden parecer anecdóticas cuando son esenciales, diferencias que, en definitiva, hacen que la obra de Hidalgo construya un universo personal y característico de un hombre muy especial pero que presenta enlaces – links, se diría ahora - con nosotros y con nuestro propio mundo, con nuestra peculiar sensibilidad.

Se ha dicho muchas veces, en discursos y textos sobre Hidalgo, que su obra es absolutamente actual. No podía ser de otra manera pues Juan Hidalgo no solamente está vivo sino que vive todos los aspectos de la vida que justifican que esta se llame así. Afortunado en el amor y en la salud, su dedicación a la vida y a su trabajo (seguramente por ese orden) ha construido esa especie de leyenda urbana que es Hidalgo cuando aparece, cada vez menos, por Madrid. La actualidad o contemporaneidad de su obra se basa en gran parte en esa libertad para plantear el tema y su tratamiento. Cualquier cosa aparentemente banal es elegida por Hidalgo, y es precisamente por esa aparente banalidad por lo que es elegida. Aunque tal vez, como en alguna ocasión ha señalado el propio Hidalgo, sean las cosas las que nos eligen a nosotros y no a la inversa. El caso es que una infinidad de cosas y de personas han elegido a Juan Hidalgo para convertirlo en el autor de ellos mismos como obras de arte, y ahora todas esas cosas, objetos, fotografías, palabras, actitudes, se reúnen para conformar una exposición.

Hay tres series centrales en esta selección y toda una serie de objetos, collages, obras gráficas y ambientes que acompañan al

núcleo central formado por las series. "Testimonios", "Erótica" y "Un/una más" atraviesan, entremezclándose, una narración obviamente autobiográfica que nos habla no solo desde la mirada de Hidalgo, sino de lo que el ve cercano. Temas como la identidad, el reconocimiento de uno mismo, las asimilaciones y divergencias que nuestras vidas y nuestras señas de identidades nos marcan como un mapa en la propia piel. Desde la década de los sesenta hasta el siglo XXI, toda una historia personal y seguramente intransferible.

En "Testimonios" Hidalgo nos ofrece fragmentos, apenas indicios de historias personales que resultan absolutamente imposibles para los espectadores. Rendijas luminosas que nos dejan entrever sucesos, pequeñas historias, posibles recuerdos importantes, fragmentos de vida en definitiva, vividos por Hidalgo. Abundan los autorretratos, como de hecho en toda la obra de Hidalgo, algo frecuente, casi obligado, en toda la obra de los artistas conceptuales o formados en el conceptual. Todo está contado a través de uno, del artista, que lo cuenta desde el mismo, desde su cuerpo. Los aspectos autobiográficos están presentes permanentemente, si bien en este caso lo que se cuentan son pasajes muy aparentemente superficiales, como souvenirs de viajes, de sucesos, de historias vividas lejos. Personas y personajes. Testimonios de que algo pasó, fotos, objetos que nos recuerdan que ciertamente eso sucedió y sólo con ese pequeño gesto se pone en marcha todo el mecanismo de la memoria. El espectador solamente puede imaginar, construir una historia tal vez diferente, tal vez parecida a la que sucedió... o tal vez crear la auténtica historia de la que estas obras son el pie, la entrada, la excusa que pone en marcha nuestra imaginación; así consigue que la obra sea construida por el que mira, por un receptor que carga de sentido lo que pudo ser nada más que una broma.

El sentido del humor está presente en todo momento en una obra que se construye desde lo privado, desde el momento más íntimo de todos, el de la observación y el comentario en silencio, desde el margen de lo vivido y de lo visto. La propia elección de las cosas, de esa cantidad de objetos que Hidalgo usa para sus obras, desde la postura entre cínica e irónica, tal vez inocente, del propio artista posando con tres tipos de gafas, con tres anillos en un solo dedo, todo lo que de una manera similar se puede sentir en el ritmo lento y prolongado hasta el punto máximo en sus acciones. Tal vez sea sólo eso, una cuestión de tiempo. Tal vez todo sea como cuando hablábamos de escultura: una cuestión de tiempo y de espacio.

La segunda serie es más reciente, "Un/una más" esta realizada en los últimos años y es un humilde y aparentemente sencillo

recuento de cosas que se suman a otras ya existentes y conocidas...es uno/una más. Un sombrero más, una flor más, un peninsular más, una canaria más, un beso más, un culo más, una horma del 33 más, un perro más... La vida continúa y se suman seres y cosas a una experiencia y un conocimiento basado en el tacto y en la mirada, en una vida que, como todas, suma y resta continuamente. Aquí no se contabilizan las pérdidas, sólo se suman cosas y gentes, sonrisas al final que testifican nuestra existencia. En "un/una más" también los elementos con los que se construye ofrecen aspectos profundamente autobiográficos: El problema puede ser cuando estas obras se ven lejos de los parámetros personales del artista, pues si bien hay elementos universales también existen los muy locales, personales y con los que construye bromas, juegos de significado, sobre todo a su insularidad y a esa extraña independencia que se consigue sólo con el tiempo y cuando ya parece que casi nada importa porque importa solamente lo más esencial.

"Erótica" es una serie básica en toda la trayectoria de Hidalgo. El sexo, el deseo, el cuerpo en cada uno de sus fragmentos es un elemento permanente. Aquí se encuadran obras ya clásicas como "Flor y hombre" y "Flor y mujer" las dos de 1969 y "Hombre, mujer y mano", de 1977, dos trabajos que contienen prácticamente las bases del tratamiento del sexo por parte de Hidalgo. En primer lugar el planteamiento es directo frente al cuerpo, aunque en otras ocasiones utilice elementos más simbólicos como la flor o el espejo, es el cuerpo, desnudo y lo que puede ser aún más desasosegante, a medio vestir, vestido pero pronto a desnudarse, siendo desnudado. El cuerpo es fragmentado fotográficamente, y la mano es la que se encarga de guiarnos en nuestro viaje visual por esta superficie conocida y desconocida a la vez, siempre igual y siempre diferente que es el cuerpo del otro. No sólo el cuerpo del amado o del amante, sino simplemente un cuerpo otro, un cuerpo desnudo que se nos ofrece como un misterio a medio desvelar.

De todos los fragmentos de este cuerpo, superficie del deseo, es la mano y el sexo lo que Hidalgo destaca en muchas de estas obras. La mano con una "imitación" (imitación, por supuesto, de un pene), y es la mano la que descubre a ese sexo que como una flor barroca puede estar alegre o triste. Hidalgo descubre y trata como pocos artistas españoles han hecho antes la belleza del sexo masculino. De un sexo real, alegre o triste, de un sexo cotidiano, cercano y siempre deseable. No se trata aquí de fenómenos sexuales ni de superdotados más adecuados para las revistas porno o para espectáculos culturistas. Aquí el cuerpo es el de todos los días, el que compartimos no sólo con la mirada, incluso es el nuestro como es a veces el propio cuerpo, la propia mano del artista. Son, como decía,

la mano y el sexo los fragmentos en que Hidalgo resume el cuerpo, seguramente un cuerpo siempre sexuado inevitablemente anhelante. La mano y el sexo, es decir el sexo y el sexo. La mano como desplazamiento de la mente, del deseo hecho movimiento y acción; el sexo como idea y como cuerpo: mano y pene.

El sexo es el del hombre. Muy pocas veces hasta ahora es el cuerpo desnudo del hombre el que centra el tema de la obra. El hombre desnudo, su sexo ante nuestra vista, al alcance de una mano que se le acerca y lo rodea, unos cuerpos reales, de hombres deseables y posibles que se despejan de pudores y de prejuicios y se muestran bellos y deseables en lo que son o al menos en lo que también pueden ser: sexo y deseo. Y es aquí donde nuevamente encontramos el brillo de la inteligencia y del sentido del humor. Y también ese silencio que rodea toda esta obra, y es aquí también donde descubrimos que lo que nos parecía tan sencillo tan sencillo simplemente no lo es en absoluto.

La sencillez, esa aparente sencillez tan difícil de conseguir, está presente en la mayoría de sus objetos y de sus ambientes, igualmente que en sus acciones. Una sencillez medida, con un ritmo musical en el que los silencios y los sonidos son igual de importantes, como el movimiento y la quietud, lo dicho y lo callado. La realidad se conforma de los complementarios, y no son sólo negro y blanco, sino rojo y verde y azul y amarillo. Pero sobre todo es presencia y referencia de una ausencia, de lo nombrado pero no mostrado. Es el reino de la alusión, una seducción basada en el engaño como todas las seducciones. Y cuando no sepa que decir diga, simplemente ZAJ. Igual que en esa frase se resumía toda una filosofía de acción, en los objetos y collages de Hidalgo se resume todo un tratado de sabiduría formal, pero es a la vez un compendio de experiencia vital. Posiblemente la convivencia de estas dos pulsiones, la vital y la formal no sea siempre fácilmente divisible, pero lo que si es básicamente eficaz. Aquí resurge algo que estaba ya señalado en la serie "Testimonios", cada uno de estos objetos, de ensamblajes, de estos ambientes nos habla de historias del artista, de momentos reales y tal vez de ahí su fuerza visual. Son fragmentos de experiencia que se contaminan del lenguaje del arte, o tal vez fragmentos de arte totalmente contaminados por la experiencia vital del hombre. Y también están tan cercanas al cuerpo que inevitablemente muchas de ellas se presentan como alusiones sexuales, físicas, retazos nuevamente de cuerpos ideales o adorados, de cuerpos que han sido tocados y disfrutados, y nuevamente la mano, la mano que hace y roza, y toca y crea y da sentido al cuerpo y al arte. Extensión de nuestra inteligencia, como la mirada, prótesis de nuestros deseos y de nuestra imaginación, sin duda el fragmento

más erótico del cuerpo. La mano y el sexo, nuevamente el sexo masculino simbolizado en "Un huevo de Juan Hidalgo para la Pascua Zaj", o en "Balls" (dos bolas de Navidad lacadas y colocadas bajo una cúpula de metacrilato) o "Tibor de ángel" (otra imitación de un sexo masculino dentro de un frasco transparente), y la mano en "Ayacata" (dos guantes sobre el respaldo de una silla).

Una obra se llama "Volcán" y con el puedo cerrar, como en un giro no previsto, este viaje por algunas de las sensaciones que la obra de Hidalgo puede despertarnos. Un volcán hecho con sillas plegadas. Lo insignificante para nombrar lo grandioso y un elemento que crece en la última obra del artista canario, la potencia de su tierra de origen, su insularidad, la diferenciación de una identidad que se encuentra a sí misma, de una diferencia unánime. Un volcán en silencio, un volcán que está vivo y trabajando pero que al que se acerca a su núcleo sólo le puede producir calma y bienestar, esa extraña tranquilidad que sólo la vida, el vivir y el saber, puede transmitirnos,